



He aquí al chico mayor de Sotero —Francisco Camacho Barrilero— que como sus hermanos, se quedó con el nombre del padre como apodo y nadie le llama más que Sotero y la verdad es que, cuanto más viejo, más se parece a su padre, hasta en las gafas y en la papada.

En el retrato se le ve cuando era mocete y molinero, en la edad de las quintas poco más o menos, una mano en la media y otra en el trozo de ramal que los borricos solían llevar atado al cuello para poder sujetarlos, porque iban sueltos, un costal vacío al hombro y otro, no lleno, cruzado sobre el animal, que es borrica y está llena, lo contrario del costal, como se le nota en la cara, en la parada y en la panza.

Aunque aquí aparezca Sotero cogido de la borrica y lo fuera alguna vez, su estampa típica y genuinamente alcazareña, que se veía a diario y muchos recordarán volviendo la esquina del Cristo Villajos o subiendo la cuesta de la Cruz Verde, es la de ir con la media hanega a lo largo del cuerpo, debajo del brazo y andando al pie o detrás del borrico, que le marcó siempre el paso lento, pero continuo, incansable e interminable, que sigue por fortuna, no mucho más lento, firme y seguro. Una cosa le falta, pero es porque creo que no la llevó nunca: la vara de arrear al borrico metida en la faja y cruzada en sus riñones, que solían llevar los molineros y los de otros gremios cuyo carguío les obligaba a ir andando detrás de la bestia, como los hueveros, el hombre de la greda, los mieleros y muchas veces también los migueletes y herencianos con los frutos de sus huertas.

Cecilio el de Sotero cuenta que su padre tuvo una borrica blanca que iba sola de la casa al molino y del molino a la casa, sin cabezal, sólo con el típico roncal al cuello y su padre la montaba, siempre por detrás, cosa que sólo puede hacerse con los animales muy dóciles, porque ninguno quiere bromas con el cujo y siempre hay que dejarse ver,

que es una especie de cabrestante o torno vertical que sirve para moverlo y cuyas piezas reciben los nombres de pelotillas, arboletes, la plataforma, las riendas y la manezuela con la que se le da vueltas y lleva la cadena al palo del gobierno para poner el molino frente al aire. Todo ello se aprecia con claridad en las fotografías y dibujos de Chaves. El extremo inferior del gobierno lleva un agujero para atarle el borriquillo y en otros casos un pezón de madera.

La obra del molino, presenta en el contorno superior de su pared, a unos 35 centímetros del engrase, doce ventanillos, de unos 20 × 30 centímetros, con diez aires o puntos que aprecia el molinero al asomarse y que son: ábrego hondo, ábrego fijo, toledano, mariscote, cierzo, matababras, solano alto, solano fijo, solano hondo y tres ventanillas al mediodía.

Hermosa estampa la del molino de verdad aun estando parado, pero funcionando es una auténtica locura, para deslumbrar, no ya a los propicios a las fantasías, sino a los más tranquilos ánimos de los caminantes sosegados.

Las aspas del molino de viento manchego, que tanto alucinaron a Don Quijote, vistas desde lejos parecen gigantes, cuyos brazos calculó el hidalgo a ojo como de dos leguas, pero es que desde la meseta del molino resultan descomunales. Son dos las aspas, formada cada una por dos velas, que se fijan en la cabeza del eje que hemos visto salía oblicuamente por el castillete o tronera de la cubierta del molino. No van afrontadas sino colocadas una por delante de la otra, sirvien-

hablarles y acariciarlos para que no se asusten al dar el brinco, se retiren y se dé una hocihada que reviente. Recuerdo haberle visto más de cuatro veces caballero en el anca, a pelo, más tieso que un ajo, según era y se le ve al pie del molino en la fotografía del fascículo segundo.